

La inespacialidad (inmensidad) y omnipresencia de Dios

1. *Dios es inespacial (inmenso) y omnipresente* (dogma: cuarto Concilio Lateranense y Concilio del Vaticano, como en los §§ 70 y 65.)

Así como Dios no depende de la sucesión, del mismo modo es independiente de la contigüidad espacial. Le corresponde el modo de ser de

la inespacialidad, lo mismo que el de la atemporalidad. No se extiende desde el pasado a través del presente hacia el futuro. Tampoco se extiende más allá del espacio y no está rodeado por espacios como los cuerpos que llenan el espacio determinado (se dice que él está definitivo en el espacio). En virtud de la inespaciabilidad y de la atemporalidad se distingue Dios interna y esencialmente de la criatura con su modo de ser espacio-temporal.

Del espacio, lo mismo que del tiempo, se puede decir que está formado por las cosas que se hallan en un estado de acción recíproca. Mientras que la acción recíproca constitutiva del tiempo se verifica a lo largo, por decirlo así, la acción recíproca constitutiva del espacio se verifica según la anchura. Lo mismo que el tiempo, el espacio presupone la existencia de una continuidad, de una interdependencia interna de las mutaciones producidas por la acción recíproca. En lo que concierne al tiempo, esta interdependencia se verifica en dirección vertical, en lo que se refiere al espacio en dirección horizontal. Hablando en sentido estricto, sólo de los cuerpos puede decirse que son espaciales, porque sólo ellos tienen que practicar un movimiento continuado para ir de un sitio a otro (en este sentido no se puede decir del cuerpo glorioso que es espacial; no se mueve para ir de un lugar a otro, sino que aparece ahora aquí, otras veces allí; pero también esa clase de cuerpos están sometidos a las condiciones espaciales; están en un sitio y no son omnipresentes). En tanto que las cosas creadas no corporales se hallan en un estado de acción recíproca, dependen también ellas del espacio. La inespacialidad entendido en sentido estricto es un modo de ser exclusivamente divino (véase H. Hengstenberg, *Tod und Vollendung*, 1938, 22-30).

Puesto que la espacialidad de las cosas se funda en la acción recíproca de orientación horizontal, y el tiempo en la acción recíproca de orientación vertical, el primero está determinado por la multiplicidad de relaciones; el segundo, por la potencia de las relaciones. Viceversa, la espacialidad de las cosas es el fundamento de la plenitud de relaciones, mientras que el tiempo es el fundamento de la fuerza de las relaciones. En la vida humana aparece con toda claridad la diferencia que hay entre temporalidad y espacialidad. Decimos de una persona que es más bien espacial; de otra, que es más bien temporal, e indicamos con ello que la primera ama más bien la abigarrada diversidad y la riqueza de la vida; la segunda, al contrario, prefiere la intensidad de la vida.

Para poder alcanzar la riqueza de la vida la criatura tiene que extenderse y desenvolverse en medio de una multitud de relaciones. El hombre tiene que ir de un lado al otro para llenar su vida con las excelencias de las diversas cosas. La fuerza y potencialidad de la vida las adquiere reuniendo en su corazón, guardando y convirtiendo en posesión interna todo lo que encuentra en el transcurso de la vida. Cuanto más dura su vida, tanto más aumen-

ta esta posesión. Por consiguiente, cuando afirmamos que Dios es inespacial queremos decir que su plenitud no se halla esparcida y extendida en el espacio, que existe en un estado de suprema concentración e interioridad. Al afirmar que Dios es atemporal, queremos decir que no adquiere la fuerza de su vida en una sucesión de actos, sino que posee su propia vida con fuerza e intensidad suprema. De ahí resulta que la inespacialidad y la atemporalidad se presuponen mutuamente: Dios posee su plenitud vital con suprema fuerza existencial.

Debido a su inespacialidad, Dios no se halla rodeado por espacio alguno. Es inmenso. Esto no quiere decir, como opinaba Newton, que sea idéntico con la extensión infinita, sino que a causa de la falta de extensión no está limitado por extensión alguna. A causa de su inespacialidad y atemporalidad, Dios está siempre presente en sí mismo. Todo su Ser está siempre dentro de sí mismo. Dios se posee completamente. Todo lo que hace, lo hace totalmente, con todo su Ser. De esta absoluta autopresencia se deriva la presencia de Dios en todas partes y en todas las cosas. Todas han sido creadas por Él y a todas las mantiene en la existencia. Como quiera que Dios está totalmente presente en toda su actividad, se halla también presente donde quiera que obra, es decir, en todas las cosas. Es, pues, Dios el que sostiene, conserva y mantiene el mundo temporal y espacial.

La inespacialidad de Dios podría ser comparada con un punto si con ello no surgiese una falsa idea de la pobreza ontológica divina. Podría ser comparada también con la validez universal de la verdad. Pero en este caso no se debe pensar en una especie de impotencia ontológica. La omnipresencia de Dios se refiere a su realidad; la omnipresencia de la verdad se refiere sólo a la validez.

La inmensidad, es decir, el hallarse fuera del espacio y del tiempo, es un atributo absoluto, no depende de la existencia de espacios reales; la omnipresencia es un atributo relativo, está en relación con la existencia de cosas creadas espaciales. A pesar de la diversidad esencial y cualitativa (contra el panteísmo), Dios está íntimamente presente en todas las cosas (contra el deísmo), en cuanto que es ser creador y sustentador, poder universalmente activo y sabiduría que todo lo abarca (*per essentiam, per potentiam, per praesentiam*; San Gregorio el Grande, m. en 604). Dios está presente de un modo especial en los justos. Aquí se trata de la presencia del Dios trino y uno en lo más íntimo del hombre, en el castillo del alma, en la llamita del alma, en el fondo del alma (*summum*

mentis, acies mentis, intimum mentis, scintilla animae). Esta presencia ha de ser considerada como una actuación del Dios trino en nuestro interior, del Dios trino realización de la vida divina dentro de nosotros, hallándose capacitado el hombre justificado a tomar parte en ella, primeramente de un modo invisible, velado, y más tarde visiblemente, sin velos. En el hombre que posee la gracia, se manifiesta ya en germen durante el tiempo de la peregrinación terrena, lo que tendrá lugar en el cielo de un modo perfecto y consumado (véanse los §§ 41 y 50 y el Tratado sobre la Gracia). La presencia de Dios en el hombre justificado es un efecto de la presencia del Hijo de Dios en la naturaleza que Él ha adoptado.

2. La Escritura testifica tanto la presencia de Dios en todas las cosas, en general, como su presencia en el hombre que posee la gracia, en especial. «Está con Jacob en Mesopotamia (*Gén.* 28, 3) y es allí el testigo invisible de las acciones humanas (*Gén.* 31, 2), lo mismo que está con José en el extranjero (*Gen.* 39, 2), y se dirige con Jacob a las tierras de Egipto (*Gen.* 46, 4). No le abarcan las esferas celestes y mucho menos los muros del templo de Jerusalén (*I Reg.* 8, 27), y llena el orbe de la tierra (*Ier.* 23, 24). El cielo es su trono, la tierra es el escabel de sus pies (*Is.* 66, 1); ni siquiera en los infiernos puede el hombre huir de su presencia (*Ps.* 139, 8). Está al mismo tiempo lejos y cerca (*Ier.* 23, 23), y sus ojos están en todas partes (*Eccl.* 15, 3).» (Paffrath, *Gott, Herr und Vater*, 1932.) Véase especialmente *II Par.* 6, 18; *Iob.* 11, 7-9; 26, 5 y sigs.; *Ps.* 139, 1-16.

«¡Oh Yavé!, tu me has examinado y me conoces, no se te oculta nada de mi ser. Tú conoces mi sentarme y mi levantarme, y de lejos te das cuenta de todos mis pensamientos. Escudriñas mi andar y mi acostarme, investigas todos mis caminos, pues aún no está la palabra en mi lengua y ya tú, Yavé, lo sabes todo. Por detrás y por delante me ciñes, y pones sobre mí tu mano. Sobremanera admirable es para mí tanta ciencia, sublime e incomprensible para mí. ¿Dónde podría alejarme de tu espíritu? ¿Adónde huir de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú; si bajare a los abismos, allí estás presente. Si, robando las plumas a la aurora, quisiera habitar al extremo del mar, también allí me cogería tu mano y me tendría tu diestra. Si dijere: Las tinieblas me ocultaran, será la noche mi luz en torno mío. Tampoco las tinieblas son densas para ti, y la noche luciría como el día, pues tinieblas y luz son iguales para ti. Porque tú formaste mis entrañas, tú me tejiste en el seno de mi madre. Te alabaré por el maravilloso modo en que me hiciste. ¡Qué admirables son tus obras! Del todo conoces tú mi alma, cuando secretamente era formado y en el misterio me plasmaban, ya vieron tus ojos mis obras; escritas están todas en tu libro, y todos mis días, aun antes de ser el primero de ellos.»

Véase, además, *Eccl.* 16, 17-19; *Sap.* 1, 7 (el espíritu de Dios llena el orbe de la tierra. Y Él, que todo lo abarca, tiene la ciencia de todo); 8, 1; *Is.* 43, 1 y sigs.; *Am.* 9, 2-4.

En el Nuevo Testamento véanse *Mc.* 5, 34 y sigs.; *Act.* 17, 28 (Dios no está lejos de cada uno de nosotros. Pues en Él vivimos, nos movemos y somos). Merecen ser citados, sobre todo, los textos en que Cristo promete la inhabitación del Espíritu Santo o del Dios trino, y todos aquellos en que se describe la presencia de Dios en el hombre. (Véase la doctrina sobre la vida divina en nosotros, y el § 41.)

3. En la época de los Santos Padres la omnipresencia de Dios es frecuentemente considerada como motivo para temer el pecado y como causa de nuestra alegría y buen ánimo en las tribulaciones. No siempre se puede afirmar con seguridad si hablan de la presencia sobrenatural de Dios o de la presencia que implica la relación Creador-criatura. Algunas veces acentúan los Padres que Dios está también en el infierno sin que el pecado le manche y sin ser para los condenados un motivo de alegría.

Con palabras vibrantes de entusiasmo describe San Agustín la inmensidad y omnipresencia de Dios (*Confesiones*, 1, 2-3): «Pero, ¿cómo voy a invocar a mi Dios, a mi Dios y señor? Pues cuando le invoco, le llamo para que venga a mi interior. Y ¿dónde está en mí el lugar al cual podrá venir mi Dios? ¿Dónde se va a colocar en mí el Señor que ha hecho el cielo y la tierra? Hay, pues, en mí, mi Dios y Señor mío, algo que te puede abarcar. Pero ¿te abarcan el cielo y la tierra, que han sido hechos por ti y en los cuales tú me has hecho, te abarcan ellos acaso? Para expresarme de otra manera—como quiera que sin sin ti no sería lo que es—¿te abarca acaso lo que es? Puesto que yo también soy, ¿por qué quiero que vengas a mí: a mí que no sería nada si tú estuvieses en mí? Porque yo no estoy todavía en el infierno, y aunque estuviese allí, también allí te encuentras Tú. Así es, en efecto; si bajare a los abismos, allí estás presente. Yo no sería nada, Dios mío, yo no sería sino pura nada, si tú no estuvieses en mí. ¿O no sería mejor decir que yo no sería nada si no estuviese en ti, de quien, por quien y en quien es todo? Así es, Señor, así es. ¿Adónde te voy a llamar puesto que estoy en ti? ¿O de dónde has de venir a mí? ¿Hacia dónde me voy a poner en camino, más allá del cielo y de la tierra, para que vengas hacia allí a mí. Dios mío, tú que has dicho: Yo lleno el cielo y la tierra. ¿Te abarcarán el cielo y tierra, siendo así que tú los llenas? ¿O tú los llenas, y queda algo de sobra porque no pueden abarcarte totalmente? Si el cielo y la tierra están llenos de ti, ¿adónde, entonces, derramas lo que queda de sobra de ti? Pues no son los recipientes que están llenos de ti los que te sostienen, si se rompiesen: tú no te derramarías. Y cuando te derramas sobre nosotros, no te rebajas, sino que nos elevas; no te esparces, sino que nos recoges en ti. Pero tú que lo llenas todo, ¿lo llenas todo con tu totalidad? O teniendo en cuenta que el

universo de las cosas no puede abarcarte en tu entera totalidad: ¿abarcan una sola parte de ti y abarcan todos siempre la misma parte? ¿O lo particular sólo particularidades tuyas de ti: las cosas grandes, lo grande, las cosas pequeñas, lo pequeño? ¿Y sería entonces alguna de tus partes mayor que las otras, y serían menores otras partes? ¿O estás entero en todas partes, y ninguna de las cosas abarca tu totalidad?» En otro lugar escribe el mismo autor: «Dios..., que permanece siempre, y con respecto al cual no hay que esperar hasta que está ni hay que temer que se marche, sino que está siempre realmente presente por el mero hecho de que es» (*De ordine* II, 2, Przywars, *Augustinus*, 1934, 225). Y en otro lugar: «Porque... no nos acercamos a Dios pasando por lugares, a Dios que está en todas partes, no encerrándole ni conteniéndole ningún sitio, ni nos apartamos espacialmente de Él» (*ad in Ps. 4; sermón 2; Przywars, l. c.*). En *De genesi ad litteram*, VII, 26 (Przywars, *l. c.*): «... con poder inmutable y sublime es la interioridad de todas las cosas, porque todo está en Él, así como está sobre todas las cosas, puesto que está sobre todo... con inmutable eternidad es el más viejo de todos, porque existe antes que todo, y es el más joven, puesto que permanece siempre idéntico a sí mismo». «De tal modo está el lugar de Dios en el corazón del hombre, que cuando éste se aparta de Dios, Dios se queda en sí mismo y no cae... Pues más bien que descansar en ti, de modo que habrías de caer si te apartases de Él, lo que hace es elevarte para que estés en Él. Cuando se aparta, tú caes; cuando tú te apartas, Él no cae (*ad Ps. 45, 9; Przywars, l. c., 230*).

San Juan Damasceno escribe lo siguiente: «El sitio es corporal, frontera de lo que rodea, en tanto que lo que rodea está rodeado. El aire, por ejemplo, rodea, el cuerpo está rodeado. El aire que circunda no es totalmente sitio del cuerpo circundante, sino al fin del aire circundante que toca al cuerpo circundante. En todo caso lo circundante no está en lo rodeado. Hay también un lugar espiritual, donde está la naturaleza espiritual, incorporeal, donde está presente y obra, rodeada no corporalmente, sino espiritualmente. Porque no tiene forma corporal para que pudiese estar circundada corporalmente. Por eso, Dios, que es inmaterial e ilimitado, no está en ningún lugar. Él mismo es su lugar, puesto que lo llena todo, y está sobre todo, y lo conserva todo. Se dice también que está en un lugar. Lugar de Dios se llama al lugar donde Dios revela su actividad. Él mismo lo compenetra todo, sin mezclarse con nada, y comunica a todo algo de su actividad, según corresponde a la receptibilidad y capacidad de admisión; me refiero a la natural y a la pureza de voluntad del particular. Lo inmaterial es más puro que lo material; lo virtuoso, más que lo mezclado de maldad. Se llama lugar de Dios a aquél que participa más en su actividad y gracia. Por eso es el cielo su trono. Pues en el cielo están los ángeles, lo cuales cumplen siempre su voluntad y le alaban incesantemente. Este es su asiento; la tierra, por el contrario, es escabel de sus pies, pues en ella ha conversado en la carne con los hombres. De su carne santa se dice que es pie de Dios. También de la iglesia se dice que es un lugar de Dios. Pues la hemos separado de las demás cosas para que esté al servicio de su alabanza, convirtiéndola en un santuario, y en él dirigimos nuestras oraciones hacia Dios. Del mismo modo, se llaman lugares de Dios a los lugares en que descubrimos su actividad, ya sea en la carne, ya sea sin cuerpo. Pero conviene saber que la esencia divina es indivisible, que está en todas partes completamente entera y que no se descompone en

partes como sucede con los cuerpos. No, está entera en todo y está entera sobre todo» (*Exposición de la fe ortodoxa*, lib. 1, cap. 13; BKV, 37).

4. Gracias a la presencia de Dios en la Naturaleza, ésta pierde para el hombre su frialdad y extrañeza. En todas partes nos mira el semblante del amor personal divino. La omnipresencia de Dios es lo que nos permite encontrarle en todas partes, vivir en su presencia, es decir, lo que nos permite poder dirigir hacia Dios, en todas partes, la atención de nuestro corazón (del espíritu, de la voluntad y del ánimo). La vida trinitaria divina presente en nosotros es el fundamento real de la experiencia mística (véase la doctrina sobre la Gracia).

Eckhart ha descrito de la siguiente manera la presencia activa de Dios: «Dios está en todas las cosas. Cuanto más dentro está en las cosas, tanto más fuera de ellas está; cuanto más adentro, tanto más a fuera. Ya he dicho repetidas veces que Dios ha creado el mundo entero. Todo lo que Dios creó hace seis mil años y más, en el tiempo en que hizo el mundo, lo crea hora también de una vez. Dios está en todas las cosas, pero en tanto cuanto que Dios es divino y racional, no está en ninguna otra parte con más propiedad que en el alma, o, si se prefiere otra manera de expresión, en el ángel: en lo más íntimo y supremo del alma. Cuando digo lo más íntimo, me refiero a lo supremo, y cuando digo lo supremo me refiero a lo más íntimo del alma. En lo más íntimo y supremo del alma: me refiero a las dos cosas a la vez. Allí, hasta donde no ha llegado nunca el tiempo, donde nunca han surgido imágenes, en lo más íntimo y supremo del alma, crea Dios el mundo. Todo lo que Dios creó hace seis mil años y lo que había de crear después de mil años, si es que el mundo existe tanto tiempo, esto lo crea Dios en lo más íntimo y profundo del alma. Todo lo que Dios obra en todos los santos, lo obra en lo más íntimo del alma. El Padre engendra a su Hijo en lo más íntimo del alma, y no menos te engendra a tí junto con su Hijo unigénito» (Pfeifer, *Deutsche Mystiker des 14. Jahrhunderts*, II, Leipzig, 1857, pág. 206, 25-207, 22; *Sermón 66 nach des übers; von J. Bernhart, Meister Eckhart*, 62-64, mit den Verbesserungen bei; J. Quint, *Die überlieferung der deutschen Praedigten Meister Eckhart*, Bonn, 1932, 613).

5. El yo personal humano está orientado esencialmente hacia un tú, y en definitiva está orientado hacia el Tú divino. El hombre llega a la posesión de su verdadero y propio yo entregándose al Dios que está presente en él, no mediante el mero estar-en-sí-mismo. Para que la entrega sea verdaderamente fecunda, tiene que ser operada por el Dios presente sobrenaturalmente en el alma. Cuanto más compenetra Dios al hombre con su amor, tanto más llega el hombre a ser él mismo, tanto más se acerca a la idea que Dios tiene de él. La interioridad entendida en sentido cristia-

no es una vida alimentada por el Dios que está presente y obra graciosamente en nosotros.

La Iglesia oriental reza de la siguiente manera: «Ven, luz verdadera. Ven, misterio de ocultamiento. Ven, preciosidad, realidad sin nombre. Ven, inefabilidad. Ven, esencia, tú que huyes del espíritu humano. Ven, júbilo eterno. Ven, luz sin ocaso. Ven, esperado por todos los que viven en la penuria. Ven, tú que eres la resurrección de los muertos. Ven, poderoso, tú que con una mera seña lo creas, transformas y renuevas todo. Ven, tú que permaneces siempre invisible, no pudiendo nadie ni abarcarte ni acariciarte. Ven, tú que te agitas en el fluir de las horas, permaneciendo inmóvil por encima de él, tú, que habitando en el cielo, nos visitas a nosotros los que vivimos encorvados aquí abajo. Ven, nombre anhelado y ensalzado: nunca podremos decir quién eres tú, ni conocer cómo tú eres. Ven, alegría perdurable. Ven, corona inmarchitable. Ven, púrpura de nuestro gran Señor y Dios. Ven, cinturón resplandeciente como el cristal y rico en colores de piedras preciosas. Ven, refugio inaccesible. Ven, tú a quien mi pobre alma ha deseado y sigue deseando. Ven, tú solitario a mí solitario, porque soy solitario como ves. Ven, tú que me has dejado solo en la tierra solitaria. Ven, tú que te has convertido para mí en nostalgia; tú has hecho que mi alma anhele hacia ti a quien no puede alcanzar el hálito humano. Ven, aliento y mi vida. Ven, alegría, gloria, refrigerio perdurable. Te doy gracias porque te has convertido en mi espíritu para mí, sin mezclarte y sin perderte en mí, que mientras sigues siendo el Dios elevado sobre todo, eres todo en todo para mí. Alimento inefable, necesario, que te derramas continuamente en los labios de mi espíritu y que brotas desbordante en la fuente de mi interior. Te doy gracias porque te has convertido para mí en un día sin noche, en sol sin ocaso; a ti que no tienes lugar alguno donde poder esconderte porque llenas con tu poder el universo. Tú nunca te has escondido; nosotros, por el contrario, nos escondemos cuando no queremos comparecer ante ti. ¿Y dónde podrías esconderte tú, que no tienes lugar alguno donde poder esconderte? ¿Y por qué habías de esconderte tú, que no tienes miedo de nadie en el mundo entero? Ea, pues, Señor santo, edifica en mí tu tienda, habita dentro de mí y no me abandones hasta la hora de mi muerte; no te apartes de tu siervo, para que me encuentre a mí en ti en mi morir, y después de mi muerte, y domine contigo, Dios, que dominas sobre todo. Quédate en mí, Señor, y no me dejes solo. Hazme interiormente firme, constante y protégeme habitando en mí, para que contemplándote diariamente pueda vivir, yo que soy un muerto; para que poseyéndote me enriquezca yo que soy un pobre. De esta manera seré más poderoso que todos los reyes: y comiéndote y bebiéndote y cubriéndome contigo en determinadas horas experimentaré delicias inefables. Pues tú eres todo el bien, toda la hermosura, toda la bienaventuranza. A tí con el Padre y el Hijo te corresponde la adoración del mundo entero en toda la eternidad. Amén» (Simeón, el nuevo teólogo, *Liber div. amorum*, I, 18; J. Bernhart, *Der stumme Jubel*, 1936, 55 y sigs.).

6. La presencia de Dios, es decir, la presencia del amor-persona es la más firme garantía de la comunidad humana. Todas las cosas se hallan indisolublemente unidas en el Dios que existe

bajo la forma de amor, y que es la causa incesantemente creadora y está presente en todas las cosas extradivinas. La presencia sobrenatural del Dios trinitario en los justificados funda una comunidad superior a la operada por la presencia del Dios creador, una comunidad nueva, sobrenatural, a saber: la constituida por el Pueblo de Dios, la comunidad de los que viven en la Iglesia. Véase el Tratado sobre la Iglesia.

7. Los enunciados teológicos sobre la inespaciabilidad y omnipresencia de Dios conservan su validez cualesquiera que sean las teorías de la ciencia sobre el espacio y el tiempo. Cualesquiera que sean las constataciones de la *teoría de la relatividad*, Dios seguirá siendo siempre distinto de cualquier forma del espacio, puesto que su modo de ser es distinto del que encontramos en el ser de nuestras experiencias. Por eso no puede estrechar su existencia. Por eso, ningún ser distinto de Él puede limitar y estrechar su existencia; por eso, también puede estar íntimamente presente en todos los seres espaciales, sea cualquiera la forma bajo la cual se realiza la espacialidad. De ahí resulta que los progresos científicos no llegarán nunca a modificar las doctrinas de la Revelación relativas a la inespaciabilidad y omnipresencia de Dios, sino que contribuirán a ahondar su comprensión. Cualesquiera que sean los descubrimientos que puedan hacer las ciencias naturales, conservarán siempre validez las palabras con que I. Newton, uno de los principales fundadores de esas ciencias, describe la omnipresencia de Dios: «Con la ayuda de estos principios (de los principios cosmológicos por él descubiertos) todas las cosas materiales aparecen como formadas por las partes duras y frías ya mencionadas y como ordenadas en la Creación según el plan de un ser inteligente; porque al que los creó le corresponde también el ordenarlos. Y si esto lo ha hecho así, no procede filosóficamente el que busca otro origen del mundo o el que afirma que ha surgido el caos mediante las leyes naturales, bien que una vez formado, puede seguir subsistiendo durante largo tiempo, según estas leyes. Porque si bien los cometas se mueven en órbitas excéntricas de las más diversas posiciones, nunca la casualidad ciega ha podido ser la causa de que todos los planetas se muevan en círculos concéntricos y en la misma dirección, exceptuando insignificantes irregularidades, las cuales provienen de la acción recíproca de cometas y planetas, y que seguramente seguirán aumentando, hasta que por fin el sistema entero necesitará una nueva modificación. A tal admirable regularidad en el sistema de los planetas corresponden un cuidado y selección especiales. Y lo mismo puede decirse de la uniformidad en los cuerpos de los animales... La formación de aquellas ingeniosísimas partes de los cuerpos... sólo puede haber surgido mediante la sabiduría e inteligencia de un ser poderoso y eterno, el cual, en virtud de su omnipresencia, es capaz de mover los cuerpos mediante su voluntad, en sus ilimitados y uniformes órganos sensorios, formando y transformando de este modo las partes del universo, mucho mejor que nosotros podemos mover las partes de nuestros propios cuerpos mediante nuestra voluntad... No obstante, sabemos guardarnos de pensar que el mundo es el cuerpo de Dios, o que las partes del mundo son partes de Dios. Dios es un ser homogéneo sin órganos, miembros ni partes, y todas las otras cosas con sus criaturas, las cuales están sometidas a Él

y sirven a su voluntad; tampoco es su alma, del mismo modo que el alma del hombre no es el alma de las imágenes del mundo exterior, que llegan a ser percibidas por medio de los órganos sensoriales, puesto que las percibe mediante su presencia directa, sin la intervención de un tercero... Dios no necesita de tales órganos, puesto que está presente en todas partes y cosas. Y como quiera que el espacio es infinitamente divisible y la materia no se encuentra necesariamente en todos los lugares del espacio, se debe admitir que Dios puede crear partes de la materia de diversa forma y grandor, en diversas relaciones con respecto al espacio, y quizá de diversas densidades, y puede cambiar de este modo las leyes naturales, siendo también capaz de crear mundos de naturaleza distinta en diversos lugares del universo. Yo no veo en todas estas cosas ninguna contradicción» (*Optica*; véase Fr. Dessauer, *Weltfahrt der Erkenntnis. Leben und Werk I. Newtons*, 1945, 420 y sigs.). En otro lugar escribe lo siguiente: «Dios es la causa de todas las cosas, no porque sea alma del mundo, sino porque es señor de todo el universo. Es un Dios vivo, sabio y poderoso, eterno e infinito, poderoso y omnisciente. No es ni la eternidad ni la infinitud (fórmula de N. mal entendida); no es ni tiempo ni espacio; pero está presente en todo tiempo y en todo espacio, no sólo virtualmente, sino también sustancialmente; porque nadie puede obrar donde no está presente. Todo se mueve en Él y Él lo contiene todo, pero sin que las cosas ejerzan influencia alguna sobre Él. Pues Dios no sufre modificación alguna a causa del movimiento de los cuerpos... La ciega necesidad metafísica, que es siempre y en todas partes la misma, no puede producir las mutaciones de las cosas; las diferencias de las cosas en lo que concierne al tiempo y el lugar sólo pueden provenir de la voluntad y sabiduría de un ser que existe necesariamente» (*Principia*, ed. 3, 1725, citado por Dessauer, *l. c.*, 421).

8. Como es natural, la omnipresencia de Dios no implica la omnipresencia y la ubicuidad de la naturaleza humana y gloriosa de Cristo. Conviene observar, especialmente, que la presencia de Dios trino en el hombre unido con Cristo no implica la presencia corporal del Cristo glorioso. En la Escritura no se encuentra testimonio alguno que demuestre su existencia. Bien que aquí se hable con frecuencia, se diga con frecuencia que Cristo está o habita «en» el bautizado; no debe entenderse esto en el sentido de que Cristo esté corporalmente presente. La partícula «en» testifica la existencia de una *relación* entre el bautizado y Cristo. Esta relación creada, asegurada, consumada y abondada por la fe, la esperanza y el amor, así como por los sacramentos, tiene como resultado un estado de comunidad viva con Dios y es la causa de que el Padre celestial habite en nosotros. Véanse las Encíclicas *Mystici Corporis* (29 de junio de 1943) y *Mediator Dei* (20 de septiembre de 1947). En lo que concierne a la partícula «en», véase el artículo correspondiente de Oepke en *Wörterbuch zum NT* (Kittel), II, 534/9; además: O. Perler, *Ignatius von Antiochien und die Römische Christengemeinde*, en «Divus Thomas», 22, 1944, 413/15. R. Graber, *Begegnungen mit Christus*, 1947. Sobre las dos encíclicas: P. Stephan, O. S. B., en «Benediktinische Monatschrift», 24, 1958, cuadernos 5-8.